

LAS CIUDADES DE EUROPA



QUE hermosa encuentra uno a su ciudad cuando regresa! Probablemente la rutina de nuestro corazón hace que, tras pasar en ella los días y los años, no acertemos a descubrir más que los aspectos que tiene turbios y poco favorecedores. Pero cuando se regresa, después de unos días de ausencia, no se ven de ella esos ángulos, sino las claridades, los aciertos, las bellezas que contiene. Así nos ha ocurrido ahora a nosotros, que anduvimos durante una decena por los viejos lugares de la Europa milenaria. Hay que viajar, hay que marcharse de cuando en cuando para volver a desconocer —y para que nos asombre— lo que amamos. Así logramos pulir y encauzar nuestro cariño.

Las más hermosas piedras de Europa han pasado durante esos días de ausencia ante nuestros ojos: la llama soberbia de la catedral de Estrasburgo y los aceros intelectuales y humanistas de Heidelberg; la jocunda y poderosa bastilla de Aviñón y los dorados de "kermesse" de Basilea. Todo, o casi todo, lo que el Rin y el Ródano, viejos patriarcas, sueñan en piedra por la noche y acarician cada mañana con su mano avelada, ha sido cruzado esta vez velozmente por nosotros. Hemos escuchado el silabeo de las notas del órgano en la catedralicia villa de Saint-Maurice, donde están las cenizas del Santo y donde todo vive en cristiandad bajo la huella imborrable de Carlomagno. Allí donde, por un estrecho pasadizo, entraban las legiones romanas en las Galias; allí estuvimos, carne de nuestro siglo, turbados aún por la impronta romántica, en el mismo lugar —o frente a él, al otro lado de las aguas del Lemán— donde se plañía lord Byron, encarcelado por el duque de Saboya en el castillo de Chillon, piedra de ópera y leyenda. Mas, ¡qué hermosa resulta la ciudad, aun después de eso, cuando regresamos! Aldeana, burguesa, menestral, cotidiana, ¡qué hermosa, sin embargo, nos resulta!

La virtud del regreso consiste quizá en ponerle a la distancia la calidad misma del encuentro; ahora pisamos la realidad. Esta realidad está hecha del bullicio y la templanza que hay en torno de los plátanos callejeros que están podando. Una turba de arriscados hombres abatan las ramas más poderosas, que espesan al caer sobre la calzada el tornasol de sus últimas hojas. Hay una serie de rumores familiares que llevamos a nuestro contorno como una aureola desde la niñez, y cuya ausencia nos hace forasteros en cualquier parte. Cada ciudad, según creemos, debe de poseer su acústica especial, la gama personal de sus sonidos. Cada una de las ciudades en las que hemos dormido durante esta decena nos ha despertado con su verborrea —y también, sobre todo, con su silencio— particular. Hay ciudades que despiertan a uno con voces y otras con campanas; hay ciudades que ni siquiera necesitan de los rumores para despertar al durmiente, sobre todo al forastero. Así, Lucerna, que abre los ojos, que abre los ojos del forastero, por las mañanas con los reflejos que en los techos y en los tabiques pone el espejo del lago, todo él una hebra de luz partida en mil lenguas diminutas que se filtran por los postigos y entre las rendijas y los drapeles. Hay ciudades portuarias que despiertan a uno con el sordo rumor de los motores, el tum-tum de las embarcaciones y un lúgubre pitido lejano de sirena. En toda la Galia, en la Borgoña, en la Saboya, acostumbra a despertar a uno las voces de las mujeres y también un lento rumor indescifrable que es el paso de los ríos bajo los puentes. Mas no nos despertamos del todo hasta que, ya de arribo, nuestra somnolencia postrera y los cánticos del exterior se funden y mezclan con la naturalidad de dos sangres hermanas. Son tantas las vigilar arrebatadas por un conjunto de sonidos que forman parte de nuestra propia vida, que uno puede afirmar a la postre que se encuentra en casa porque ha sentido, en el duermevela, sonar aquella imprecisa campanilla del carrito de mulas que todos los días y a la misma hora pasa —temprano gorrión madrugador— para decirnos que ya es de día; o aquel otro rumor en que se mezclan el tranqueteo de los tranvías con el agua que echa al suelo en regueros el basurero municipal, si no tan caudalosa e histórica como la del Rin, tan entroncada por lo menos como él con los suelos que lame.

Esto es estar en casa. El viaje queda, a lo lejos, diseñado en la cartografía de carretera con un acopio de imágenes imprecisas. Un mundo de catedrales, de ríos y de gentes se ha levantado de pronto en nuestro interior. Todo ello forma ya parte más vivamente de nuestro ser más íntimo. Ahora doblamos tenuemente la cabeza sobre la almohada casera y sentimos, en su frescor, que esta ciudad es también muy hermosa.

parís, el encuentro

Conoci París como se conocieron ciertos amantes en el "Decameron" de Boccaccio; a oscuras y a tientas. Era el año 1942 y al llegar a la estación de Austerlitz sólo un poco de luna alumbraba a la precavida ciudad, sometida a los controles de la guerra aérea. Durante mucho trecho caminé con mi maleta en mano por el boulevard, palpando las paredes. Yo me conozco al tacto desde aquella noche la humedad que destila la piedra de París en la anochecida. El vaho del Sena impregna de algún modo las esquinas y los portales. Han pasado más de veinte años y París ha mudado enteramente el color de su jaz, pero aquella humedad persiste; es una humedad cálida, como una exudación de la piedra. Esa humedad ha dado giros a la prosa que va desde Balzac hasta Simenon. Es como un matiz literario que pinta de gris la noche, hoy cruzada, sin embargo, por los estallidos del neón. La noche de mi conocimiento era triste, misteriosa y sonámbula.

Durante muchos años, una generación entera se había dedicado a contarnos las destemplanzas de París bajando el tono de la voz; la aureola con que se nos presentaba era picante. Los hombres que habían tenido el privilegio de conocer París antes y poco después de la primera guerra acostumbraban a sugerirnos en ella a un mundo de aventuras y de frivolidades. El lugar común tenía impresa una cartulina de París que no iba más allá del Casino y de Pigalle. Esa credencial la obtuvo probablemente París fuera de París, en lo que podríamos llamar sus provincias eróticas. Esas provincias eróticas de París están un poco en cada una de las ciudades del mundo. Hay un París para los "viejo-verdes" de la generación del fin de siglo fraguado en los casinos lugareños, donde la gente juega al dominó o canta las cuarenta. Ese París excéntrico y de tapadillo tuvo por emisarias y embajadoras a las "cocottes" francesas anteriores a la primera guerra, las que trajeron la botellita de champán a los antepalcos de los "music-halls" provincianos, no tanto en Francia como en el resto de Europa. Ahora bien: ese París así definido es falso, no es de verdad y hasta llegaríamos a creer que jamás lo ha sido. Ese es un París para los dos días del "forfait". La leyenda de Toulouse-Lautrec y el "affiche" de la Goulue le han dado brillo y continuidad en nuestros tiempos. Pero, ¡cuán ancho es París para la escasa luz del Moulin Rouge! ¡Cuán ancho, cuán sobrio, qué equilibrado, qué sereno y qué espectacular!

A nosotros nos agrada de París todo lo que hay en él, pero muy particularmente todo lo que no es Montmartre, o por lo menos el Montmartre nocturno. De ese barrio sólo nos quedamos plenamente con el pequeño, extraordinario "village" que preside la plazuela des Tertres, con sus comedores, sus grises, sus pinceladas finísimas de Utrillo. Pero a los pies de ese villorrio absorbido por la ciudad, está la suma de otras muchas pequeñas ciudades provincianas, soberbiamente alcanzadas por la extraordinaria geometría de la urbe reformada por Hausmann.

Para volver a casa no hay nada como detenerse en París. París es en cierto modo un compendio de todas las ciudades que uno quiere. Por ello, en lugar de "perdersé" en París, como pretendían nuestros abuelos, en ella nos "encontramos". No se pierde uno en París, sino que se encuentra a uno mismo. El París del cartel turístico y galante ha sido borrado por aquel otro que está en el barrio latino, en los aldeaños de la Sorbona, trasiego de estudiantes, verdadera ciudad de las luces. Y luego el París de Proust, que está vivo. Y tantos y tantos otros Parises, uno nuevo a la salida de cada estación de Metro. Ninguna otra ciudad es compendio de tantas cosas.

Muchos llevamos en el corazón la nostalgia de no haber sido alguna vez estudiantes en París, o de no haber alcanzado largo tiempo la soledad suprema de perdernos en la bruma de sus calles anónimamente, embebidos en su luz. Cuando recordamos París, ya a la vuelta, se nos enciende en el ánimo una llamita solitaria. Es el temblor que hace el espíritu de un "clochard" que llevamos dentro y que no ha podido llegar a nacer nunca del todo.